

# El extranjero: de Cazucá a la tierra

DANIEL ÁNGEL

Docente y escritor

*Comprendí que había destruido el equilibrio del día, el silencio excepcional de una playa donde había sido feliz [...] Fueron cuatro golpes breves con los que llamaba a la puerta de la desgracia.*

ALBERT CAMUS, *El extranjero*.

El cielo ha sido un cíclope y el sol, como su ojo de fuego destilando odio a cada lengüetazo. Su fulgor encegució a Mersault, cuando apuntó con su revólver al árabe y descargó los cuatro tiros del tambor sobre la silueta del hombre al que no podía ver con claridad. Lo que hizo entonces, al no verlo, fue asesinarlo con el ímpetu de su corazón, con las palpitations de la sangre que bombeaba en su cabeza y le produjeron desesperación. Luego de los disparos, todo fue silencio y una extraña sensación, de liviandad quizás, de orfandad en el vasto mundo. Eso fue lo primero que pensé cuando Poveda, de quince años de edad y que integra un grupo de aceleración de un colegio de Bosa, al suroccidente de Bogotá, me contó su historia.

Aquella misma mañana, una mañana cualquiera del mes de mayo de 2018 en que extrañamente el sol refulgía con furia sobre Bogotá, un amigo de su barrio fue hasta su casa y le avisó que las *pintas* estaban dando papaya, pues se encontraban campantes, sentados frente a otra de las ollas del barrio, hablando como si no le debieran nada a nadie. Poveda entonces supo que era su oportunidad, se levantó, se puso una sudadera, cogió su bicicleta, le dijo a su mamá que no se demoraba y sin desayunar ni lavarse los dientes salió de la casa con dirección a la olla del Monocuco y el Burro, quienes les

pasaron los *fuetes*. Sebastián, como se llamaba su amigo, se acomodó la cachucha de los Lakers y Poveda intentó ajustar el revólver entre sus bóxeres y su vientre, ya que el material de algodón de su sudadera hacía que la cacha se resbalara. Antes de treparse a las bicicletas, el Burro les ofreció un cigarrillo de marihuana, para que se fueran relajados y, cuando arrojaron el resquicio del pucho, se echaron la bendición y empezaron a pedalear.

## El barrio

Y pedalearon por las calles sin asfaltar del barrio Bosa Santa Fe, ubicado en el sur de la localidad de Bosa y que colinda con el canal de Cundinamarca, el río Bogotá y con los barrios Potreritos, Villa Ema y Ciudadela El Recreo. En este sector, el distrito de Bogotá, a través del Programa Integral de Vivienda Efectiva, en 2017, construyó 6129 viviendas agrupadas en el conjunto Campo Verde, para familias en condición de vulnerabilidad.

Sin embargo, esta zona de la ciudad se ha visto afectada por serios problemas debido a las constantes inundaciones que presenta, a la escasez del transporte público y a los altos índices de delincuencia. Del mismo modo, la comunidad de indígenas muiscas que habitan el sector interpusieron las respectivas denuncias para que frenaran la construcción, ya que en ningún momento se les consultó sobre la urbanización de los predios, pero como era de esperarse jamás les prestaron mayor atención.

Poveda y Sebastián son habitantes de esta zona, específicamente del conjunto residencial llamado El Bicentenario, el cual fue creado por “la Caja de la Vivienda Popular por medio del programa de Reasentamientos Humanos buscando proteger la vida de las familias vulnerables” (Alarcón, 2010). Esto quiere decir que además de las familias que salieron huyendo de las montañas de Ciudad Bolívar como víctimas de la violencia, el microtráfico y la delincuencia, también arribaron a El Bicentenario otro tipo de personas con el propósito de encubar el terror y establecer sus negocios ilícitos, como la banda de narcotraficantes y asaltantes denominada los Nocoqueo, que tenían allí su guarida y centro de operaciones.

Las calles del barrio están sin asfaltar y varias casas funcionan como expendio de drogas, tanto así que de forma recurrente la policía aparece y quita las puertas de las casas. Los caciques de las ollas caminan con tranquilidad armados a plena luz del día y, por lo tanto, los habitantes del sector viven con miedo. Anteriormente, el conjunto tenía una reja que lo bordeaba, la policía la quitó para establecer mayor control, pero el día en que empezaron a echarla abajo hubo un tiroteo que dejó varios muertos y heridos. Adentro del conjunto también hay ollas, pequeñas casas que sirven para el expendio del bazuco y donde se arriendan los cuatro cuartos que tienen para su consumo. Unas cuerdas más abajo de El Bicentenario se extiende macilenta la Cuadra Picha, donde vive el cacique general, o el duro de la zona. Mejor dicho, la gente no puede salir en la noche pues es muy peligroso: si alguien debe salir, tiene que hacerlo acompañado.

## Infancia

Poveda vive allí desde hace tres años, me cuenta mientras acomoda el mechón de pelo que le atraviesa la frente. Estamos sen-

Su voz es pausada, no articula bien la letra “r”, no pronuncia la “l” que está a mitad de palabra y jamás las finaliza con la “s”. Me cuenta que antes vivía en Cazucá, Altos de Cazucá, que corresponde a la comuna 4 del municipio de Soacha.

tados en un salón de clases y el sol golpea fuerte sobre Bogotá, el mismo sol de *El extranjero* de Camus. Como ya conté, tiene 15 años, es moreno, de contextura gruesa, rostro fuerte, expresión sombría, la piel de su cara es acartonada y tiene múltiples orificios, no por el acné sino por automutilaciones. Nunca mira a nadie directo a los ojos, por lo que su cabeza se mueve buscando escapatoria, para que nadie lo mire, para no hacer contacto con ningún interlocutor. Sus manos también están cicatrizadas, pero estas últimas, él me cuenta, son producto de la cantidad de papas que debe pelar en El Redentor, la cárcel para menores de edad en la que se encuentra recluso.

Su voz es pausada, no articula bien la letra “r”, no pronuncia la “l” que está a mitad de palabra y jamás las finaliza con la “s”. Me cuenta que antes vivía en Cazucá, Altos de Cazucá, que corresponde a la comuna 4 del municipio de Soacha. Este barrio triste, marchito por el polvo que se levanta de sus calles, pobre y lóbrego, es aún un refugio para los más de 17000 desplazados por la violencia de todo el país, que encontraron en aquella montaña o en sus faldas, un trozo de raíz para sostenerse y no caer definitivamente al abismo. Y sus habitantes deben vivir,

Sebastián pedalea a su lado derecho. Antes de doblar por la esquina donde están los enemigos se miran de reojo y palpan su vientre para comprobar que permanecen allí los revólveres o los fuetes.

además, sin servicios públicos, con el miedo constante ocasionado por las bandas criminales que crecen como parásitos en una lettrina y con la presencia pestilente de los grupos paramilitares, quienes regularmente hacen sus famosas limpiezas sociales.

La casa, o el rancho en el que creció y vivió, estaba levantado sobre la falda de una montaña. Sus paredes eran de lámina de madera y su techado era de zinc y hojalata. Allí se apretujaban Poveda, su mamá, cuatro hermanos, dos de ellos mayores y su papá cuando aparecía. Y, por eso, porque su papá pocas veces frecuentaba su casa, su mamá debía rebuscarse lo de los alimentos vendiendo bolsas de basura.

Por supuesto, cuando le pregunto por el paradero de su padre, Poveda inclina más la cabeza, como si quisiera girarla 180 grados, o quizás arrancársela y arrojarla al bote de basura. Me dice: “Él camellaba en una olla, era el cacique de una olla”. En el barrio le tenían respeto, que puede traducirse como miedo, porque era fácilmente alterable y ya había asesinado a varias personas. Incluso, un día que tuvo un altercado con el cacique de otra olla, se armó de un revólver y una granada y se dirigió a donde su enemigo, pero al comprobar que la olla estaba repleta de gente, decidió arrojar la granada. Luego,

su papá debió esconderse por un tiempo y cuando regresó consumía más drogas, hasta que una mañana, cuando Poveda tenía 6 años, la misma Sijín lo mató cuando intentaba huir por el techado de una casa. Algo parecida a la muerte de Pablo Escobar.

Dos de sus hermanos mayores no corrieron con mejor suerte. A uno de ellos lo mataron por una jovencita, le propinaron tres puñaladas y a su otro hermano lo mató la limpieza paramilitar de la zona cuando se encontraba departiendo con sus amigos y de la ventana de una camioneta salió la boca de una ametralladora. Del año 2004 al 2006, Jaime Andrés Marulanda, de 26 años, alias el Chiquitín y miembro de las AUC, asesinó a más de 137 jóvenes de Soacha y Cazucá. Al momento de dictarle una sentencia de 28 años de cárcel, el Chiquitín se enfureció porque la condena estaba argumentada por el asesinato de 37 jóvenes y él reclamó que habían faltado otros 100 y que, además, él le había hecho un favor a la comunidad. Que por cada joven asesinado recibía un pago de 400 000 pesos.

## El crimen

Poveda pega su mirada al sol, como si no lo afectaran sus rayos. Creo que percibe su reflejo abotagado, perplejo, en la ventana. El resto de sus compañeros ríen por algún chiste, pero él permanece inmutable. Luego voltea lentamente su cabeza, me mira un instante y antes de proseguir con su historia vuelve a anclar su mirada al piso.

Sebastián pedalea a su lado derecho. Antes de doblar por la esquina donde están los enemigos se miran de reojo y palpan su vientre para comprobar que permanecen allí los revólveres o los fuetes. Cuando gira el manubrio de la bicicleta, Poveda recuerda a sus dos amigos asesinados por los hombres que están a media cuadra, luego recuerda las tres puñaladas que un mes an-

tes los mismos hombres le habían propinado, únicamente porque él pasó por una calle prohibida. “Las fronteras invisibles”, le digo yo. Siente entonces el picor de la herida de su vientre, la que casi lo mata y le produce ira. La sangre le bombea más rápido, se agita turbia en su interior y se agolpa en su cabeza, al mismo tiempo que las ruedas de su bicicleta giran y el sol le da pleno en los ojos. Es un sol inusual en Bogotá, es estival, diáfano, entra al mundo puro, como si no tuviera ningún obstáculo, ni que atravesar tanto espacio y tiempo.

Los hombres están sentados sobre la acera, a media cuadra de distancia, en frente de la olla. Son tres, fuman cigarrillo, se rotan un bareto y se ríen a carcajadas. Las risas penetran con estridencia en los oídos de Poveda, que mira a su lado y observa cómo Sebastián se pone de pie en la bicicleta y acelera, mientras con la mano derecha saca el revólver. Los hombres los observan y se percatan de que van por ellos. Uno se pone de pie y echa a correr y Sebastián dispara; el hombre cae y Sebastián lo remata con tres tiros en la cabeza. Poveda siente que le falta el aire, no me dio nada matarlos, me confiesa, acelera también, saca el revólver y apunta al primero al que le pega un tiro que se pierde en el aire y otro que le da en una pierna, este hombre alcanza a huir por una bocacalle, pero el otro no alcanza a reaccionar y recibe un balazo primero en el hombro y otro en el pecho. Cuatro disparos, los mismos de Mersault.

Sebastián mira a Poveda y le hace un gesto cuando escuchan que salen personas por las ventanas y que a lo lejos aúlla una sirena de la policía. Emprenden la huida, cada uno por una calle diferente. Poveda siente cómo la adrenalina regurgita en su interior y se disemina por sus extremidades. Se siente tranquilo y satisfecho. Recuerda que tiene empuñado, con mucha fuerza, el revólver, el cual arroja a un costado, hacia un potrero.

Gira por una esquina, no sabe con exactitud en dónde se encuentra, pero gira y pedalea como si fuera su última carrera, como si así lograra escapar del infierno. El sol golpea de nuevo en sus ojos y lo encandila, no lo deja ver las dos motos de la policía que se acercan a toda velocidad, ni a los policías que las conducen y que ya le apuntan.

Quizás Poveda jamás hubiera cometido el crimen si hubiera nacido en otro contexto, si sus padres lo hubieran bajado rápido de esa loma, si en su barrio no hubieran ollas en la casa vecina, si para estudiar no tuviera tantas necesidades. Estoy seguro de que Poveda es un fiel reflejo de las calles en las que creció, de la mirada perdida de su padre, de la sangre derramada de sus hermanos, de las avenidas sin asfaltar que debe recorrer diariamente levantando polvaredas que ensucian sus zapatos y lo enceguecen, de la desesperanza de no tener un futuro, solo un presente demasiado cercano, oscuro y tétrico, pero diáfano, porque no hay esperanza en él. Quizás Poveda sería un estudiante brillante si estuviera matriculado en uno de esos colegios del norte o de la sabana de Bogotá que tienen canchas de fútbol, hermosas bibliotecas y piscina. Y de otra cosa estoy seguro, me despido dándole la mano y mi número de teléfono, porque las cosas en El Redentor son duras y de pronto necesita algo, ojalá un libro, y es que Poveda es un extranjero de la vida, de su contexto, de su tiempo, de las condiciones de su sociedad, un extranjero enceguecido por la inminente pobreza y violencia que brilla más que la luz del sol. ■

## Referencias

Alarcón, G. (2010, 22 de septiembre). Conjunto residencial El Bicentenario será el hogar de 667 familias vulnerables. *Ra-dio Santa Fe*. Consultado en <https://bit.ly/2IZirkK>.